

UN VALIOSO DOCUMENTO GRÁFICO DE LA PAMPLONA DE HACIA 1650

Juan José MARTINENA RUIZ

jj.martinena.ruiz@hotmail.com

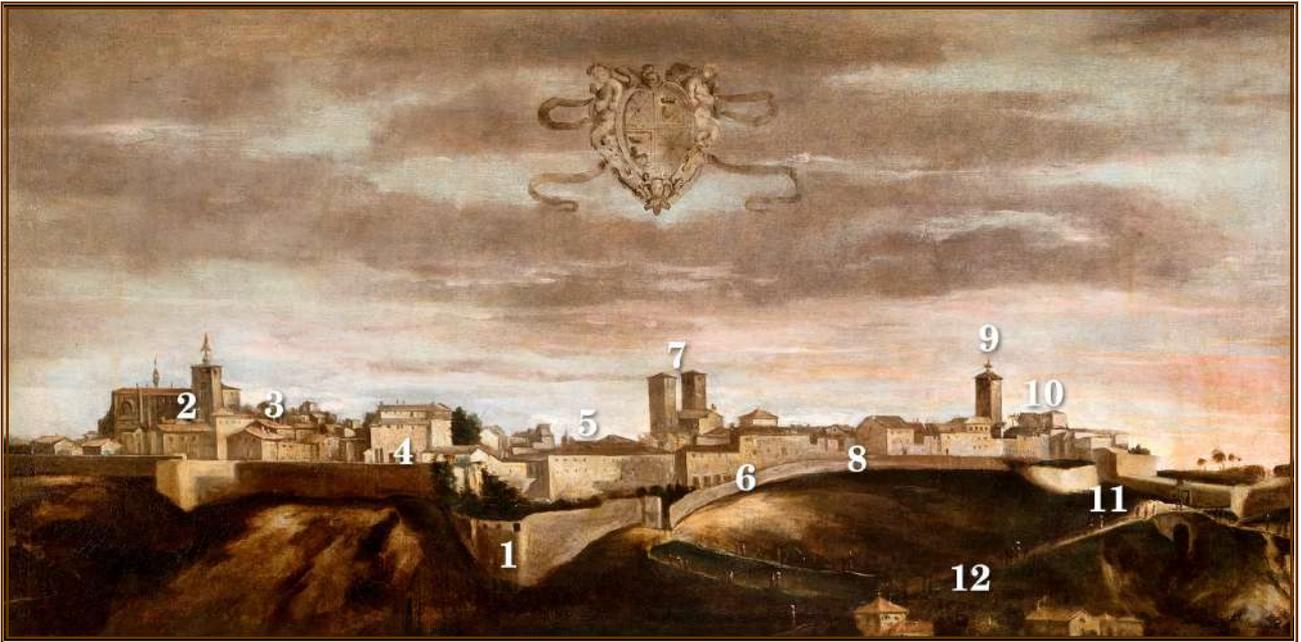
El 23 de octubre del pasado año 2019, la prensa local publicaba la noticia de la adquisición para el Museo de Navarra, en una subasta que tuvo lugar en la casa Caudron de París el día 4 del mismo mes, de una interesante vista panorámica de Pamplona, atribuida a Juan Bautista Martínez del Mazo, yerno de Velázquez, que fue pintada hacia el año 1650. Según se informó a los medios, procede de una colección particular ubicada en Toulouse. Al tratarse de un bien adquirido en el extranjero, hubo que contar desde el primer momento con la colaboración de la Junta de Calificación, Valoración y Exportación de Bienes Culturales. Y fue el propio Ministerio de Cultura, por medio de la Subdirección General de Protección del Patrimonio Histórico, quien se encargó de representar al Departamento de Cultura del Gobierno Foral y pujar en su nombre en la referida subasta. El precio de remate fue de 100.000 euros, cifra que finalmente aumentó a 126.000, una vez añadidos los impuestos actualmente vigentes en Francia, más la comisión que legalmente corresponde a la casa de subastas. El pago se autorizó mediante Resolución de la Dirección General de Cultura con fecha 14 de octubre y el 26 del mismo mes, a las nueve de la noche, en un transporte especial, el cuadro llegó al museo.

La supuesta atribución a Martínez del Mazo (1611-1667), que los técnicos del Museo de Navarra no comparten, tendría en todo caso que ser confirmada, previos los estudios pertinentes, por expertos en pintura española del siglo XVII. Dicha suposición se basa en el hecho de que el pintor acompañó al séquito de Felipe IV en la visita real que aquel monarca de la Casa de Austria hizo a Pamplona en 1646; y con tan fausto motivo, por expreso encargo del Príncipe Baltasar Carlos, pintó una vista de la ciudadela, a la llegada de la regia comitiva, de gran tamaño y notable calidad, que pasó a formar parte de la colección real. Aquella pintura se perdió en el incendio que destruyó el antiguo alcázar de Madrid en 1734; pero afortunadamente el propio Martínez del Mazo pintó en su día una segunda versión de la misma, que se conserva en el Museo Wellington de Lon-

dres. Y una copia de esta última, a escala más reducida, realizada por Manuel Pérez Tormo en 1960, se conserva en la Casa Consistorial y hace solo unos meses ha sido colocada en el salón de plenos.

Sabemos, por otra parte, que un pintor burgalés vecindado en Pamplona, Lucas Pinedo, que tenía su taller en la llamada Rúa Chica, realizó otra pintura de aquella visita de Felipe IV, sin duda mucho más modesta y hoy desgraciadamente perdida, y pintó también el escudo con las armas reales, que se puso en el portal de la Taconera, donde se le hizo el recibimiento. Ana Hueso, actual responsable del Archivo Municipal, contaba hace unos días que el 22 de agosto de 1646 el Ayuntamiento acordó pagarle 30 ducados por dicha pintura, en lugar de los 50 que reclamaba, y solo 4 más por el escudo. La archivera dijo también que según investigó en su día Eduardo Morales, Pinedo fue en 1640 uno de los fundadores de la Hermandad de San Lucas, que agrupaba a los pintores de esta ciudad y más tarde veedor de la misma, como también lo fue del obispado en lo tocante a su arte. Falleció en Pamplona en 1654. Por lo visto era costumbre encargar este tipo de pinturas con ocasión de las visitas reales. Como ya anoté en una breve historia de todas ellas que publiqué en 1988, en la que hizo Felipe II en noviembre de 1592 otro pintor local, Juan de Landa, pintó – además de las trazas de los tres arcos triunfales que entonces se erigieron – una vista de la ciudad y su ciudadela “de la manera como al presente está, con una tarjeta para poner en medio un letrero que diga de la venida de Su Majestad y Altezas y en qué día entraron y qué regidores fueron”. Otro documento gráfico que desgraciadamente tampoco se ha conservado.

Pero centrándonos ya en el cuadro recientemente adquirido, empezaremos por decir que representa la imagen que ofrecía la ciudad amurallada en su cara norte, es decir la zona comprendida entre las inmediaciones de la catedral y la parte más próxima al actual mirador de los jardines de la Taconera. En el presente artículo, aprove-



Vista de Pamplona hacia 1650. Museo de Navarra. Fotografía de J. L. Larrión.

chando las notas de la conferencia que sobre el mismo tema impartimos en el Museo de Navarra el pasado 26 de noviembre, trataremos de hacer un recorrido visual por el lienzo, comentando los edificios más notables y demás elementos significativos que aparecen representados.

1 LA MURALLA

Lo primero que aparece en la vista panorámica es la muralla que integraba el frente norte del recinto fortificado de la plaza, desde el portal de Francia hasta el baluarte de Gonzaga, que estuvo situado donde hoy está, como ya hemos apuntado, el mirador de la Taconera. Dado que en el cuadro no aparece el baluarte del Redín, que naturalmente quedaría a la izquierda de la catedral, son pocos los elementos de la fortificación que se pueden comentar. En primer lugar, en la vertical de la catedral se insinúa sin mucho detalle el espolón o baluartillo que defendía el portal de Francia o del Abrevador, que entonces se reducía a la puerta de más arriba, la que da entrada a la calle del Carmen, que fue construida en 1553 por el virrey don Beltrán de la Cueva, duque de Alburquerque y luce una labra heráldica que ostenta las armas imperiales de Carlos V con todos los dominios que poseía la corona de España a mediados del siglo XVI. Naturalmente no aparecen los baluartes bajos del Pilar y de Guadalupe ni el portal de abajo, que aún conserva su puente levadizo, ya que no se construyeron hasta 1750.

Entre el palacio del virrey, actual sede del

Archivo General de Navarra, y el convento de los dominicos, que alberga hoy las oficinas del Departamento de Educación, se puede ver, sobre el recodo del río, la llamada plataforma del Palacio, un baluartillo emplazado aproximadamente en el punto medio del frente norte de la muralla, que separaba el medio frente llamado antiguamente de Francia o del Redín, del otro medio frente o lienzo de la Rochapea, que iba desde aquí hasta el baluarte de Gonzaga, junto al Portal Nuevo. No se aprecia el portal de la Rochapea, que databa de 1553, y era idéntico al ya referido de Francia, pero sí una pequeña abertura en la muralla, un poco desplazada respecto al emplazamiento del portal, del que quedan varias fotografías, ya que se mantuvo en pie hasta el año 1914. El escudo imperial que lucía se puede ver en la actualidad recolocado en una de las dos torres gemelas del Portal Nuevo.

La ronda de Descalzos aparece representada prácticamente con el mismo aspecto que en la actualidad, reducida a una simple pared sin ningún elemento defensivo digno de mención, ya que contaba con la barrera natural del río y lo escarpado del talud que forma el terreno en que se asienta la muralla en esta parte del recinto. En el extremo derecho de la pintura, se ve otra abertura entre el antiguo bastión de Santa Engracia y el baluarte de Gonzaga, que se corresponde con el Portal Nuevo.

Un detalle que se aprecia a primera vista, y que constituye una de las principales diferencias respecto a la fisonomía que hoy presenta esta parte de la ciudad, es la total ausen-

cia de arbolado, establecida expresamente en las ordenanzas militares de la época, con el fin de que nada impidiese a los centinelas la visibilidad de cualquier movimiento que se pudiera producir en las inmediaciones del recinto amurallado.

2 LA CATEDRAL Y SU ANTIGUA TORRE

Aparte de la muralla, a la que nos acabamos de referir, si observamos la vista panorámica de la ciudad yendo de izquierda a derecha, el primer edificio que destaca por encima de las demás casas es la catedral. Y precisamente una de las singularidades de esta pintura es que la representa con su primitiva fachada románica, que se derribó en 1784 para construir la actual neoclásica diseñada por Ventura Rodríguez. El viejo frontis del siglo XII, del que solo conocemos la planta, no se llega a apreciar con detalle, pero en cambio descuello de manera notable la torre de su campanario, que debía de ser alta y recia, con cierto aire de fortaleza. Parece que sobre su tejado se aprecia lo que parecen ser las campanas del reloj. Con posterioridad a esta pintura, posiblemente hacia 1730, se le añadió a la torre un chapitel octogonal de ladrillo, que como se puede ver en un dibujo de mediados del siglo XVIII, debía de ser muy similar al de la torre de las campanas de la iglesia de San Saturnino. La desaparecida fachada de la catedral contaba al otro lado del frontis con una segunda torre, que era de menor altura, razón por la que no destaca de forma apreciable en la imagen.

3 EL CONVENTO DEL CARMEN CALZADO

En el mismo lado de la pintura, contiguo a la muralla y al portal de Francia, se puede ver el desaparecido convento del Carmen Calzado, que desde alrededor de 1380 hasta su derribo en 1900, estuvo emplazado en la esquina de la calle del Carmen -a la que dio nombre y que antes se llamó rúa de San Prudencio y rúa de los peregrinos- con la actual calle del Redín. La primitiva iglesia gótica del siglo XIV se reedificó en la primera mitad del XVII, añadiéndole una torre campanario de ladrillo cuya imagen se puede ver en alguna fotografía del Archivo Municipal, de hacia 1880. El convento, que era bastante grande, contaba con dos patios, uno de ellos el claustro, y una huerta en la parte que daba hacia la antigua Escuela de Magisterio y el Laboratorio Provincial.

En 1836, en virtud de las leyes de Desamortización impulsadas por Álvarez Mendizábal, el Estado se incautó del edificio, incluida la iglesia, para dedicarlo a hospital militar, destino

que en 1841 se cambió por el de cuartel de infantería, uso en que se mantuvo hasta la década de 1890, cuando la tropa pasó a los nuevos cuarteles del Primer Ensanche, también ya desaparecidos. Tras su abandono por el Ejército, pasó a ser propiedad del Ayuntamiento, que lo derribó y procedió hacia 1900 a la venta de su solar a distintos particulares. El retablo mayor de la iglesia, de mediados del siglo XVIII, se conserva actualmente en la antigua capilla del Museo de Navarra y otros tres altares, en capillas laterales de la parroquia de San Agustín.

4 EL PALACIO DEL VIRREY

Cerca del convento, continuando hacia la derecha, destaca por su altura el edificio del palacio real, que hasta 1840 sirvió de residencia a los virreyes de Navarra. El primero que lo habitó fue don Diego Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, en 1539. Hasta esa fecha habían vivido en el castillo que mandó levantar Fernando el Católico en la zona que hoy ocupan el Palacio de la Diputación y la iglesia de San Ignacio. Desde la precipitada salida de los reyes Juan de Labrit y Catalina de Foix en junio de 1512, el antiguo palacio sirvió algún tiempo de casa de la munición y fundición de artillería, por lo que se hallaba bastante deteriorado y para volver a hacerlo habitable requirió algunas reformas, que corrieron a cargo de Pedro del Peso, maestro mayor de las obras reales en el reino de Navarra. No fueron las únicas.

Otro virrey, don Sancho Martínez de Leiva, entre los años 1575 y 1579 llevó a cabo otras muy considerables, que incluían desde nuevas salas y aposentos hasta calefacción, y sobre cuyo elevado coste pidió explicaciones el rey Felipe II, a quien se informó que el virrey las había hecho a sus propias expensas. En 1621 se ejecutaron nuevas obras por orden del marqués de Hinojosa, con intervención de Francisco Fratrín y del veedor Martín Ochoa de Irigoyen, que afectaron a la fachada y galería que miraba al jardín y la huerta del palacio. En esta ocasión el virrey se empeñó en cargar su importe -más de 700 ducados- a los fondos del Reino, lo que dio lugar a algún desencuentro con las Cortes de Navarra. Tras estas intervenciones, y alguna otra de menor entidad, el antiguo palacio de nuestros reyes debió de perder su originario aspecto medieval, quedando en la forma un tanto anodina con que lo representa la vista panorámica que venimos comentando y que mantendría en épocas posteriores.

La puerta del edificio ostenta encima del arco un magnífico escudo imperial de Carlos V,



Vista de la ciudadela de Pamplona (1646), obra de Juan Bautista del Mazo. Museo de Wellington (Londres). Copia realizada por el pintor y restaurador Manuel Pérez Tormo (1960). Ayuntamiento de Pamplona.

procedente del antiguo castillo en cuya defensa cayó herido San Ignacio de Loyola en 1521. Se colocó en este lugar con motivo de la visita real de Felipe II en 1592, para complacer al monarca, ya que tratándose de un palacio real no parecía propio que careciera de un signo exterior que indicase de manera pública y notoria esa condición.

5 EL CONVENTO DE SANTO DOMINGO

Continuando hacia la derecha, dejando en medio el jardín del palacio, destaca el enorme caserón del convento de los dominicos, erigido en la segunda mitad del siglo XVI y que, tras una total rehabilitación, actualmente sirve de sede al Departamento de Educación del Gobierno de Navarra. Su iglesia conventual de Santo Domingo, también llamada de Santiago, que por tener su fachada hacia la trasera de la casa consistorial no se ve en la pintura, se construyó entre los años 1535 y 1568. En 1630, coincidiendo casi con la En que se pintó esta vista panorámica, se estableció en este convento una universidad, que solo contaba con las facultades de Artes y de Teología y que sería suprimida por Carlos III en 1771. El amplio claustro, que ha conservado sus dos plantas con sus galerías de arcos de piedra sobre columnas, data del siglo XVIII. En 1836, en virtud de las leyes de Desamortización de Mendizábal, el Estado se incautó del edificio para dedicarlo a cuartel de infantería, aunque su destino final fue hospital militar, uso que se mantuvo hasta 1975.

6 EL HOSPITAL GENERAL

A continuación, se pueden ver dos edificios adosados, de diferente altura, que corresponden al antiguo hospital general de Nuestra Señora de la Misericordia, cuya iglesia y parte de sus dependencias – otras se derribaron- albergan desde 1956 las salas y oficinas del Museo de Navarra. Aquel hospital, que funcionó durante casi cuatro siglos, se construyó entre los años 1545 y 1556 a expensas del benemérito arcediano de la catedral, don Remiro de Goñi, quien a su muerte le dejó además todos sus bienes. Su fachada se ve ornamentada con una bella portada de estilo plateresco. Fue en la tardía fecha de 1934 cuando las instalaciones hospitalarias pasaron de aquí a los nuevos pabellones de Barañain, donde continúan en la actualidad; dichos pabellones fueron donados a la Diputación por doña Concepción Benítez, viuda de Beistegui, en 1915.

7 LAS TORRES DE SAN SATURNINO

Por detrás del hospital, en segundo plano, descuellan por su gran altura, las dos torres, casi gemelas, de la iglesia medieval de San Saturnino, la primera parroquia del antiguo burgo de San Cernin y en aquella época la principal de la ciudad después de la catedral. La sobria fisonomía exterior de esta iglesia medieval, que se asemeja a la de una fortaleza, no ha variado mucho de entonces a ahora. El cambio más notable que se ha producido desde el siglo XVII y que se percibe a primera vista, radica en que,

cuando se realizó esta pintura, las dos torres, que para entonces habían perdido ya su antiguo coronamiento almenado, se cubrían con un sencillo tejado a cuatro aguas, como se pueden ver en muchos palacios navarros de cabo de armería. No contaban aún con los remates que tienen actualmente, que en la torre de las campanas consiste en un chapitel octogonal de ladrillo, construido en 1728, y en la torre del reloj es un chapitel mucho más simple, de madera de roble recubierta de chapa de cinc, que se colocó en 1795, encima del cual hay una veleta de forja con la figura del conocido popularmente como "el gallico de San Cernin".

No debe sorprender que no asome por ninguna parte la torre de la iglesia de San Nicolás, ya que en 1521 la hizo derribar el virrey conde de Miranda, porque desde ella se podía hacer fuego contra el castillo que mandó construir Fernando el Católico en 1513, poco después de la entrada en la ciudad de las huestes del duque de Alba para ocupar el reino. En el pleito que entonces litigó la parroquia, que resultó notablemente perjudicada a raíz del citado derribo, uno de los testigos declaró que "era una torre muy alta y muy fuerte y grande, toda de piedra labrada". La Corona tuvo que indemnizar al cabildo de la parroquia con 1.080 ducados, conforme a la tasación que hicieron el veedor Pedro de Malpaso y el maestro de obras Juan de Larea.

8 LA RONDA DE DESCALZOS

A partir del antiguo hospital, siguiendo por la llamada ronda de Descalzos, se



El pintor Juan Bautista Martínez del Mazo

puede ver una sucesión de casas sin ningún detalle especial digno de mención. En realidad se trata de las traseras de las casas de la calle Descalzos, que debe su nombre al convento de carmelitas, levantado a partir del año 1638 en lo que hasta entonces era el antiguo barrio de las Burullerías, de origen medieval, que formaba parte de la puebla nueva del mercado, habitada por los labradores del burgo de San Cernin.

Resulta curioso constatar que, a grandes rasgos, esta parte de la vista panorámica apenas ha cambiado su fisonomía respecto a la época actual.

9 LA GRAN TORRE DE SAN LORENZO

En esta última parte del cuadro destaca por su considerable altura la primitiva torre de la iglesia de San Lorenzo, que aparte de servir de campanario, era ya en el siglo XIII, junto con la torre de la Galea, uno de los elementos defensivos más importantes de la antigua muralla del burgo de San Cernin. El poema de Aneliers, que narra en versos provenzales la guerra de la Navarra en 1276, la llama "la Mirable". Cuando entre los años 1806 y 1811 se reedificó la nave de la iglesia en la forma que hoy presenta, la antigua torre permaneció en pie con toda su altura de más de 60 metros. Por entonces aún conservaba los modillones de su antiguo coronamiento de almenas y matacanes. Así la dibujó Víctor Hugo en la visita que hizo a Pamplona en 1843 y así también la representó Manuel Sanz y Benito en una acuarela que conserva el Ayuntamiento, pintada al tiempo de la sublevación de O'Donnell en 1841. En aquella ocasión recibió algunos impactos de artillería, disparados desde la ciudadela, que dañaron su estructura, por lo que el Ayuntamiento ordenó en 1852 su derribo parcial, que redujo su altura en más de un tercio. Con la piedra resultante del derribo, el contratista Deogracias Insausti construyó en el Paseo de Valencia –hoy de Sarasate– un edificio de planta baja más un piso, con un patio central ajardinado, que se dedicó a casa de baños y que a su vez sería demolido en 1969. Por último, en 1901 la torre fue totalmente destruida para levantar en su lugar la actual fachada, entre neorrománica y ecléctica, obra del arquitecto Florencio de Ansoleaga. Anteriormente hubo algún proyecto más integrador, como el de Martín Saracíbar, de 1856, que respetaba incluso la bonita portada barroca que se le añadió a la torre en 1746, pero lamentablemente no se llevaron a efecto.



Mitad izquierda del cuadro correspondiente a la parte de la Navarrería.

10 EL CONVENTO DE LAS RECOLETAS

Continuando hacia la derecha, la representación de los edificios, que hasta aquí encaja con exactitud no sólo con otros testimonios gráficos, sino con la fisonomía actual de los mismos lugares, a partir de este punto se vuelve más confusa y hace más difícil la identificación. Las construcciones que aparecen a la derecha de la torre de San Lorenzo, pintadas de una forma un tanto imprecisa y abigarrada, parecen corresponder al convento de las agustinas recoletas, edificado entre los años 1624 y 1634 a expensas de don Juan de Ciriza, marqués de Monte Jaso y secretario de estado de Felipe III. La fachada de la iglesia conventual, diseñada por Juan Gómez de Mora, reproduce casi con total exactitud la de la Encarnación de Madrid, obra del mismo arquitecto, si bien la del monasterio pamplonés se construyó de ladrillo y no en piedra. Si la pintura que nos ocupa data, como se cree, del año 1646, no cabe duda de que tanto el convento como su iglesia estaban terminados en esa fecha y por tanto tienen que ser identificadas con esas edificaciones.

Por el contrario, en esta misma zona de la pintura no se aprecia de forma visible el convento de los carmelitas descalzos, ya que aunque su construcción dio comienzo en 1638, las obras se prolongaron hasta 1672, por lo que cabe pensar que en la citada fecha de 1646, en la que se supone se pintó la vista, no presentaba todavía un aspecto que lo hiciera destacar del resto del caserío de esta parte de la ciudad.

11 LOS BALUARTE DE SANTA ENGRACIA Y GONZAGA

Junto al convento de las recoletas, se aprecia el baluarte de Santa Engracia, uno de los que se construyeron durante el reinado de Carlos V, en torno al año 1530, con el fin de ir adaptando las antiguas murallas medievales de la ciudad a los nuevos avances en el arte de hacer la guerra, especialmente en lo que respecta a la artillería. Este bastión, cuya traza era similar al baluarte alto del Redín o al de Labrit, que datan de la misma época, todavía era visible en parte hasta 1950. En esa fecha se elevó la altura de esta parte de la muralla para conectarla con el Portal Nuevo, reconstruido entonces por Víctor Eusa con un diseño que en nada recuerda el aspecto que tenía hasta su derribo en 1906. Este recrecimiento dejó enterrados los restos del antiguo baluarte bajo el pavimento de la actual plaza de la Virgen de la O.

La vista panorámica que venimos comentando en este artículo termina por la parte derecha en lo que actualmente es el mirador de los jardines de la Taconera. Desde finales del siglo XVI hasta 1926 estuvo emplazado aquí el baluarte de Gonzaga, cuya traza era la más compleja e irregular de todo el recinto amurallado de ciudad. Formaba parte de la nueva muralla que mandó levantar Felipe II con el fin de conectar la nueva ciudadela, proyectada por Giacomo Palearo -El Fratrín- en 1571, con el resto de las fortificaciones de la plaza fuerte. El nuevo baluarte era coetáneo de los de la Taconera, San Nicolás y la Reina, los dos últimos derribados en 1920. En 1906 fue mutilado en el ángulo exterior de su contraguadía para posibilitar la ampliación de la carretera de Guipúzcoa. Y veinte años después, con objeto de ampliar el parque de la Taconera, fue desmochado por encima de la cota cero y el resto de su fábrica quedó enterrado bajo los jardines del Mirador, donde hace unos años estuvo el bar Vista Bella.

12 MOLINO DE LA ROCHAPEA Y TENERÍAS

Por último, en la parte inferior del cuadro, sin que llegue a verse la orilla del río, se pueden apreciar dos construcciones, separadas la una de la otra, aunque no muy distantes. La que aparece más a la izquierda, en nuestra opinión habría que identificarla con el molino de la Rochapea, que aún existe en la actualidad, aunque dejó de realizar su función originaria hace muchos años. La otra, la situada a la derecha, pare-

ce corresponder a las antiguas tenerías, en las que el gremio de zapateros llevaba a cabo las tareas de curtido de pieles para la fabricación artesanal de calzado. Las casas que aquí existían se mantuvieron en pie hasta mediados del siglo pasado, y aparecen en bastantes fotografías e incluso en postales. La última de dichas casas se quemó hace algunos años y hasta el momento no se ha reconstruido. En estos últimos años se le viene llamando indebidamente a este paraje, incluido el vecino puente de la Rochapea, barrio de Curtidores, denominación que, aunque recuerda su pasado gremial, no es la que tuvo en otro tiempo, que fue la de Tenerías.

Un detalle que le da vida a la pintura es la presencia de distintos grupos de personas que suben a la ciudad por los caminos en cuesta que conducen desde el barrio de la Rochapea hacia el portal del mismo nombre o hacia el Portal Nuevo. Como dijo Javier Portús, conservador del Museo del Prado, en una interesante conferencia que dio no hace mucho en nuestra ciudad, en las pinturas corográficas del Siglo de Oro se aprecia un interés especial en incluir en el paisaje numerosos grupos de gentes de la tierra, vestidas a la usanza de cada lugar. Ello aporta colorido y animación a la imagen de las ciudades, completando su realidad urbana con su realidad social o ciudadana. No solo se quiere plasmar el concepto romano de *urbs*, sino también el de *civitas*. Por un lado la ciudad y por otro sus gentes.

Para terminar, y para que sirva como punto



Mitad derecha del cuadro, correspondiente a la parte del Burgo de San Cernin.

de comparación, hemos querido incluir una postal de los primeros años del siglo XX, tomada por el fotógrafo desde un punto de la Rochapea situado más a la derecha que el que utilizó el pintor, en la que se puede observar que los únicos cambios significativos operados en los dos siglos y medio que separan ambas imágenes, se reducen a las torres de la catedral y al remate de las de la iglesia de San Saturnino. Naturalmente, si la fotografía hubiese llegado más hacia la derecha, habría captado otro cambio notable: la torre actual de San Lorenzo y el Baluarte de Gonzaga.■

Postal editada hacia 1905.

